



## *The Great Power Politics y las concesiones de Helsinki*

Uno de los principales riesgos que existe, latente, en la sistemática pero acrítica posición de los medios y los analistas occidentales encargados de defender a toda costa la idea de que la gestión presidencial de Donald J. Trump es un atentado directo en contra de los valores *atlánticos* y del orden internacional de finales del siglo XX y principios del XXI, tiene que ver con el hecho, ya en curso, de que es a través de la aceptación tácita de esa narrativa que en la discusión pública sobre el orden internacional imperante se invisibilizan las estrategias hoy empleadas por Estados Unidos para sostener una configuración global que le permita, por un lado, detener el curso de su progresiva degradación hegemónica; y por el otro, la contención de China como el único actor capaz disputarle esa posición.

En particular, respecto de la reciente reunión de Donald Trump con Vladimir Putin, en Helsinki, Finlandia, el pasado 16 de julio, los medios y los analistas opositores al actual presidente estadounidense no están poniendo atención ni a la agenda ni al discurso de Trump, quien desde su campaña presidencial no ha cesado de repetir, hasta el cansancio, que la guerra que Estados Unidos debe estar librando en este específico momento histórico es por la tarea de reconfigurar las estructuras financieras y comerciales que le permitan, justo, mantener su posición hegemónica global, y en donde el único enemigo reconocido con el potencial para llenar el vacío dejado por un Estados Unidos decadente es China, no Rusia.

Y es que, sí, es cierto que, para Estados Unidos, Rusia sigue siendo un actor con enormes capacidades energéticas, políticas y militares que en las últimas dos décadas ha incrementado su participación en asuntos internacionales antaño dominados por la política exterior estadounidense —en especial en lo que respecta a los conflictos en Oriente Medio y el Asia Central. Sin embargo, a pesar de que Rusia cuenta con tal fortaleza, no es este Estado el que posee el mejor instrumental y el mejor posicionamiento para sostener un proceso de desgaste destinado a minar los márgenes de maniobra de Estados Unidos en la región y en el resto del mundo —con la salvedad de América Latina.

No comprender los rasgos finos de la confrontación entre Estados Unidos y China —con el primero en decadencia y el segundo en ascenso—, en este sentido, llevó a que antes, durante y después de la reunión de Trump con Putin en Helsinki, medios y analistas en Occidente afirmaran que el hecho mismo es ya representativo de una declarada sumisión de Donald Trump ante su homólogo ruso, dando por sentado que fue éste el punto más bajo en el que pudo haber caído el poderío estadounidense frente a su principal rival histórico, como lo afirmó en su momento el senador republicano por Florida, Marco Rubio, haciendo eco del posicionamiento común del resto de los republicanos.

La idea general que se argumenta aquí es que al haber sido Trump el beneficiario directo de la interferencia rusa en las elecciones presidenciales, en 2016, ni Estados Unidos se encuentra en una posición de fuerza para hacer cualquier reclamo ni Trump mismo tiene intención de realizar exigencia alguna a Putin.



De hecho, en esta misma tónica, el *statu quo* opositor a Trump —por no ser el principal beneficiario de sus políticas en materia financiera y comercial— ha empleado de manera reiterada la contrastación entre el marcado tono agresivo de sus declaraciones respecto de los aliados tradicionales de Estados Unidos desde finalizada la Segunda Guerra Mundial, por un lado; y lo conciliador de sus discursos concernientes a la relación que Estados Unidos debería de tener con Rusia, por el otro. Los reclamos emitidos por Trump durante la última reunión de los Estados parte del G7, a principios de junio, en materia de libre comercio; así como sus reiteradas críticas a la política económica y al gasto militar de la Unión Europea, días antes de reunirse en Helsinki con Putin; por ejemplo, han sido constituidos por esa oposición en los principales asideros de su narrativa, mostrándolos como evidencia de que Estados Unidos, con Trump al frente del ejecutivo, hoy, funciona más como una suerte de *quinta columna* para Occidente y el *atlanticismo* que como el principal adalid de sus valores y principios.

Ahora bien, parte importante de este mal entendimiento de las políticas de Trump como afrentas en contra de la fortaleza de Occidente y de la Alianza Atlántica se debe a que en el presidente estadounidense se observa a una especie de novato en materia del ejercicio de la política y la diplomacia de la primera potencia militar, financiera y comercial del mundo; llegando a dar por sentado, incluso, que éste lleva a cabo sus funciones partiendo de meras ocurrencias, siendo visceral y arrogante e ignorando, además, a la *intelligentsia* que durante décadas ha conducido el rol de Estados Unidos en la arena internacional —ese *Deep State* que tanto gusta invocar en el debate público desde hace dos años.

Dos son, no obstante, los problemas que se encuentran inscritos en tan simplistas observaciones. Primero, aunque es un hecho que en

Estados Unidos el titular del ejecutivo federal cuenta con prerrogativas y un margen de acción muchas veces difíciles de contrarrestar desde el resto de los poderes del Estado, también lo es que el peso que tienen, por un lado, todo el andamiaje gubernamental; y por el otro, los intereses empresariales en juego; no es menor frente a esos márgenes y esas prerrogativas. Dar por hecho que la política estadounidense se está conduciendo sólo por las decisiones de un individuo (el presidente), sin el consejo, el apoyo político, el financiamiento y la legitimación popular que le es conferida por esas redes de poder, ese andamiaje y esos intereses que sí respaldan la gestión de Trump, no únicamente lleva a eliminar de la ecuación el reconocimiento explícito de los beneficiarios del presidente, sino que, además, conduce a negar (o ignorar) tanto la racionalidad, la lógica, detrás de cada decisión como los resultados esperados y obtenidos de las mismas.

Segundo, incluso si en aquella oposición al presidente estadounidense se llega a reconocer que sus políticas tienen beneficiarios directos dentro de la sociedad estadounidense y que no son tomadas sin ninguna base racional, en seguida se presenta el problema de que el diagnóstico que se realiza sobre las mismas tiende a representarlas bajo el signo de todo aquello que es sinónimo de lo antisistémico, lo anticíclico y lo retrógrada; de tal suerte que se redunda en la afirmación de que el presidente en funciones está realizando todo lo que se supone no debería de hacer, porque él mismo y el personal que lo rodean no van de acuerdo con la tendencia y la historia de la sociedad y el Estado estadounidenses.

Pero hay más, pues tanto el primer error de entendimiento (creer en el personalismo de Trump como elemento conducente del Estado, al margen de cualquier lógica y racionalidad) como el segundo (afirmar que, sin importar si es el presidente sólo o él y su equipo quienes están tomando las decisiones importantes, éstas son retrógradas, conservadoras,



**CeMAPI**

Centro Mexicano de Análisis  
de la Política Internacional

**reporteestratégico** es un documento de trabajo generado por el *Laboratorio de Estudios sobre Geopolítica (LEG)*, programa de investigación especializada adscrito al *Centro Mexicano de Análisis de la Política Internacional*. Las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva de sus autores. Número a cargo de Ricardo Orozco.

Coordinador general del LEG: Ricardo Orozco, Consejero Ejecutivo del CeMAPI.

Contacto: [arorozco.cemapi@gmail.com](mailto:arorozco.cemapi@gmail.com) | [leg.cemapi@gmail.com](mailto:leg.cemapi@gmail.com)

contracíclicas y contrahistóricas), se basan en un pobre entendimiento de que es el progresivo debilitamiento estadounidense —en términos financieros y comerciales, principalmente— y el continuo fortalecimiento chino —en los mismos términos, pero también en el militar— lo que exige que Estados Unidos de un paso atrás, respecto de las políticas que dominaron su actuar, doméstico e internacional, los últimos veinte años; no sólo para evaluarlas y rectificar aquellas que lo requieran, sino que, además, para dejar de soportar aquellas que minaron su propia condición hegemónica y fortalecieron tanto a sus aliados como a sus contrincantes.

Diversos y amplios sectores de Estados Unidos, para ponerlo en otras palabras, son conscientes de que las decisiones en materia militar, comercial y financiera que colocaron a Estados Unidos como el gran actor hegemónico a nivel global no únicamente operaron de manera tal que conservaran para éste dicha posición, sino que, antes bien, el grueso de ellas tuvieron, también, el efecto contrario: sirvieron como base para que tanto aliados estratégicos de Estados Unidos —la Unión Europea, fundamentalmente— cuanto los que hoy representan su principal amenaza —China— edificaran sus propias estructuras de poder, sus propias capacidades para disputarle a los estadounidenses algunas de sus prerrogativas.

Respecto de la Unión Europea, por ejemplo, lo que no se alcanza a comprender aún por parte del *statu quo* opositor a Trump es que Estados Unidos, al haber fortalecido al bloque lo suficiente como para hacer frente a la Unión Soviética, primero; y a los enemigos de Estados Unidos en el Norte de África y Oriente Medio, después; le cedió a los miembros de la Unión facultades que con el tiempo, al ser cultivadas por los mismos, comenzaron a disminuir el rol dominante estadounidense en Europa.

Con China, por su parte, lo que sigue sin comprenderse es que desde la década de los años setenta del siglo XX, Estados Unidos presionó profunda y sistemáticamente por la liberalización y neoliberalización de la sociedad y las estructuras económicas chinas, llegando al punto de convertirlo, para la primera década del siglo XXI, en su principal socio comercial y en la única economía nacional capaz de crecer a razón de dos dígitos en términos de su Producto Interno Bruto.

Es decir, cuando los medios y los analistas occidentales contrarios a Trump reiteran que es necesario, por un parte, no atentar en contra del libre mercado dentro del marco de la relación Estados Unidos-alianza Atlántica; y no formular políticas comerciales restrictivas, proteccionistas, dentro de los márgenes de la relación Estados Unidos-China, por la otra; lo que se pierde de vista es que ambos conjuntos de decisiones están pensados para atajar la fortaleza que China y la Alianza Atlántica han ido adquiriendo en los últimos años.

Por eso, aquello contra lo cual atenta Donald Trump, en realidad, no es el neoliberalismo y el libre mercado, en general, *per se*, sino que, antes bien, sus esfuerzos se encuentran enfocados en debilitar las estructuras de sus aliados y de sus competidores que, a su vez, están degradando el propio poderío estadounidense en ambas regiones (Europa y Asia) y en el mundo. Después de todo, la lógica que conduce a ambos lados de la ecuación estadounidense en curso es que si décadas de promoción, profundización y fortalecimiento del neoliberalismo y los valores y principios *atlanticistas* fueron los principales factores que llevaron a la Unión Europea y a China a incrementar y consolidar sus respectivos roles dominantes, lo sensato, en este momento, es bloquear esos esfuerzos, pues afectan la hegemonía del propio Estados Unidos.

Entre toda esta trama no es azaroso que uno de los principales personajes a los que más denuesta Donald Trump sea, justo, Barack Obama. Y es que la presidencia de éste, a pesar de los matices socialdemócratas que discursivamente intentó imprimirle, se encargó de fortalecer la dinámica neoliberal tanto en Europa (en particular a partir de la recesión de 2008) como en China (y cuyo clímax en dicha dinámica se pretendía alcanzar por medio del Tratado de Asociación Transpacífico).

Es decir, para la lógica y la racionalidad que conduce las decisiones tomadas por Donald Trump y su equipo, los dos últimos mandatos presidenciales en Estados Unidos pretendieron controlar, por medio de una intensificación del neoliberalismo y de los principios y valores *atlanticistas*, a los dos grandes actores que hoy disminuyen la posición internacional de Estados Unidos gracias a la efectiva y exitosa adopción (en el caso de China) de esas recetas, que justo ahora lo convierten en el principal defensor del capitalismo neoliberal en núcleos como el *World Economic Forum* (WEF).

Que las decisiones hasta ahora tomadas por la administración de Trump para contener a Europa y a China —quienes además redoblan la amenaza que representan para Estados Unidos por la vía de su relación comercial bilateral— sean o no las mejores para conseguir tal objetivo es discutible, y mucho de sus efectos será observable sólo retrospectivamente, en un par de años e incluso décadas.

Sin embargo, lo que queda claro es que es esta dinámica, éste triángulo, lo que comanda el actuar estadounidense en el tiempo presente, con el control de energéticos: gas y petróleo; y minerales: coltán, litio, espodumena, tantalio, antimonio, manganeso, selenio, platino, niobio, indio, cobalto, bario, etc.; (de los cuales depende el crecimiento industrial y el futuro de campos como la informática, la

aeronáutica, la Inteligencia Artificial y la bioingeniería) como primer escenario de disputa.

Estados Unidos, no debe olvidarse, de acuerdo con el *U.S. Geological Survey*, depende entre el 65% y el 85% de estos minerales, de los cuales el territorio Chino contiene algunas de las reservas globales más grandes y ricas.

Ahora bien, aclarado lo anterior ¿Cuál es, entonces, la cuestión con Rusia?

Los opositores del presidente estadounidense han insistido, de manera reiterada, en acusarlo de una supuesta *rusofilia*, e incluso de ser un agente que opera para los intereses de Rusia y Vladimir Putin. El descontento que expresaron ante los resultados de la reunión de Helsinki se debe a que, en su concepción del orden internacional, Estados Unidos debería de estar mostrando una posición mucho más agresiva frente a Rusia, no sólo por la pretendida interferencia de ésta en las elecciones estadounidenses, sino porque, aunado a ello, ha mostrado un mejor posicionamiento regional en Oriente Medio, en general; y en el rol que juega tanto en conflictos como el de Siria cuanto en la articulación de alianzas locales con los actores dominantes de la zona: Irán y Turquía, en primera instancia.

Rusia sigue siendo, para Estados Unidos, un actor muy grande y muy poderoso, en escalas regionales y hemisféricas, como para simplemente ignorarlo o como para hostigarlo de manera sistemática esperando no obtener reacción o resistencia alguna. Cuando Trump refiere al público estadounidense que una buena relación entre Estados Unidos y Rusia no sólo es algo deseable para contar con mayor estabilidad en algunos conflictos internacionales y en agendas globales multilaterales, sino que, además, es bueno, por sí mismo, para el propio Estados Unidos, a lo que está apuntando (implícitamente) es al reconocimiento de que, en



**CeMAPI**

Centro Mexicano de Análisis  
de la Política Internacional

**reporteestratégico** es un documento de trabajo generado por el *Laboratorio de Estudios sobre Geopolítica (LEG)*, programa de investigación especializada adscrito al *Centro Mexicano de Análisis de la Política Internacional*. Las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva de sus autores. Número a cargo de Ricardo Orozco.

Coordinador general del LEG: Ricardo Orozco, Consejero Ejecutivo del CeMAPI.

Contacto: [arorozco.cemapi@gmail.com](mailto:arorozco.cemapi@gmail.com) | [leg.cemapi@gmail.com](mailto:leg.cemapi@gmail.com)

este preciso momento, cuando China es su principal enemigo —no su competidor, como Trump calificó a Rusia en Helsinki— obligar a Rusia y a China a fortalecer sus lazos bilaterales y a intensificar su nivel de cooperación en temas cruciales —como el militar y de defensa—, lejos de beneficiar a Estados Unidos, en particular; y a Occidente, en general; supone el contribuir de manera activa a que dos rivales que en lo individual sólo le disputan espacios concretos (Rusia, el militar; China, el comercial y financiero), concatenen esfuerzos para rivalizarle el espectro completo de su hegemonía.

Rusia y China, por supuesto, han desplegado una agenda de política exterior —calificada en Occidente como asertiva— que en ambos casos ha evitado que uno y otro Estado se involucren en conflictos y riñas que no les van a redituár, a cambio, lo suficiente como para aventurarse a jugar un rol más activo en los mismos. Además, los dos han dado señales muy claras de que a menos que la amenaza a sus intereses tenga que ver con el núcleo primario de su integridad nacional (en particular con las cuestiones territoriales y del funcionamiento de su estructura económica nacional), la posibilidad de que se enfrasquen en una sistemática escalada de tensiones no es algo que figure dentro de sus estrategias de primer orden.

Ello, no obstante, no es motivo suficiente para que un mayor grado de agresividad estadounidense no lleve a rusos y chinos a congeniar en una agenda común que contenga, disuada o enfrente —en conflictos *proxy*, a la manera de la Guerra Fría— esa agresividad.

Rusia y China, es cierto, han pasado la última década del siglo XXI fortaleciendo y profundizando sus canales comerciales y de cooperación (militar, energética, tecnológica y financiera), con proyectos tan ambiciosos que han llegado, incluso, a desplazar al dólar como la moneda de referencia para sus transacciones, a la tecnología estadounidense como

el estándar de calidad para el desarrollo de armamento y nuevas áreas de negocios, o a aminorar su dominio energético regional.

Sin embargo, a pesar de que esa relación resulta enormemente benéfica para ambos, también es cierto que chinos y rusos no dejan de verse como competidores locales con toda posibilidad de desplazar el uno al otro; en especial en dos áreas estratégicas para cada uno: Oriente Medio y el Asia central, para Rusia; el Sudeste asiático, para China.

Rusia no es rival alguno para el tamaño de la economía china —y la fortaleza, el tamaño y el dinamismo de una economía nacional siempre se traduce, de manera proporcional, en la fortaleza y el tamaño del aparato militar del Estado. Pero incluso en esa situación de desventaja, Rusia sigue manteniendo un potencial bélico mayor que los chinos.

Para ponerlo en números:

- Por el tamaño de su población, China cuenta con la mayor reserva mundial de personal a disponibilidad de sus servicios castrenses: setecientos cincuenta millones; de los cuales, seiscientos diecinueve millones están en condiciones para ser reclutados. Rusia, por lo contrario, cuenta con setenta millones a disponibilidad, con cuarenta y siete millones de ellos en condiciones para reclutamiento.
- No obstante lo anterior, en términos de la totalidad del personal con el cual cuenta cada Estado, mientras Rusia registra tres millones y medio, China apenas llega a los dos millones seiscientos mil.
- En personal activo, China supera a los rusos por alrededor de un millón: Rusia cuenta con un millón trece mil efectivos en activo; China, con dos millones ciento ochenta y



**CeMAPI**

Centro Mexicano de Análisis  
de la Política Internacional

**reporteestratégico** es un documento de trabajo generado por el *Laboratorio de Estudios sobre Geopolítica (LEG)*, programa de investigación especializada adscrito al *Centro Mexicano de Análisis de la Política Internacional*. Las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva de sus autores. Número a cargo de Ricardo Orozco.

Coordinador general del LEG: Ricardo Orozco, Consejero Ejecutivo del CeMAPI.

Contacto: [arorozco.cemapi@gmail.com](mailto:arorozco.cemapi@gmail.com) | [leg.cemapi@gmail.com](mailto:leg.cemapi@gmail.com)

tres mil. Sin embargo, China cuenta con una reserva de personal de apenas medio millón, mientras que Rusia posee una reserva de dos millones y medio de efectivos.

- Respecto del poder aéreo con el que cuenta cada Estado, Rusia registra poco más de tres mil novecientas aeronaves; China contabiliza apenas tres mil treinta y cinco de ellas.
- En lo concerniente a la fortaleza de su ejército de tierra, China cuenta con poco más de siete mil setecientos tanques, nueve mil vehículos blindados de combate, dos mil piezas de artillería autopropulsada, seis mil doscientas cuarenta y seis de artillería remolcada y dos mil cincuenta lanzadores de cohetes.
- Rusia, por su parte, cuenta con veinte mil trescientos tanques, veintisiete mil cuatrocientos vehículos blindados de combate, cinco mil novecientas setenta piezas de artillería autopropulsada, poco más de cuatro mil cuatrocientas de artillería remolcada y tres mil ochocientos dieciséis lanzadores de cohetes.
- China sólo cuenta con un poco mayor capacidad de fuego que Rusia en el ámbito de la su armada (por evidentes razones que conciernen a sus disputas espaciales en el Sudeste asiático). Mientras que Rusia sólo cuenta con trescientas cincuenta y dos naves, China registra setecientos catorce.
- Al respecto, Rusia contabiliza un portaaviones, nueve fragatas, trece destructores, setenta y ocho corbetas, sesenta y dos submarinos, cuarenta y un patrulleros y cuarenta y siete buques de guerra.

- China, por su parte, cuenta con un portaaviones, cincuenta fragatas, veintinueve destructores, treinta y nueve corbetas, setenta y tres submarinos, doscientos veinte patrulleros y veintinueve buques de guerra.

Y aquí la cuestión es que aunque en los últimos años China se ha propuesto reducir esa distancia que media entre su potencial militar y el de Rusia y Estados Unidos, la diferencia sigue siendo cuantiosa. Para ponerlo en términos presupuestarios, mientras que Estados Unidos mantiene un gasto militar de seiscientos cuarenta y siete mil millones de dólares, China gasta ciento cincuenta y un mil millones. Rusia gasta apenas cuarenta y siete mil millones, suficiente para seguir siendo la segunda potencia militar (y nuclear) del mundo, después de Estados Unidos.

Amplios sectores del *establishment* militar estadounidense han expresado sus preocupaciones respecto de esta situación y de la posibilidad de que las tres grandes potencias militares de Asia: Rusia, China e India, colaboren de manera más estrecha, en detrimento del posicionamiento de Estados Unidos en la región; algo que ya desde la década de los años setenta del siglo XX Zbigniew Brzezinski, Consejero de Seguridad Nacional del presidente James Carter, había advertido como amenaza a la hegemonía estadounidense para la primera mitad del siglo XXI.

Disuadir, y en el peor de los casos, contener dicha alianza, tripartita o bilateral, es imperativo para Estados Unidos en este momento. Y en Helsinki, lo que se buscó, fue establecer un régimen de posibles concesiones a partir del cual le sea posible a Estados Unidos el atraer en mayor medida a Rusia hacia su esfera de influencia, o por lo menos lejos de la de China.

El punto interesante aquí es, no obstante, que como Estados Unidos sí llegó a la negociación desde una posición de fragilidad y descomposición, quien realizó las mayores concesiones fue el presidente de Rusia, y no por azar.

A pesar de que las sanciones impuestas a Rusia por la administración de Donald Trump son, hasta ahora, las más constrictivas y agresivas implementadas —incluso que aquellas impuestas por Barack Obama—, el posicionamiento de Rusia en Oriente Medio, en general; y en Siria, en particular; lejos de debilitarse se ha afirmado cada vez más con el tiempo.

En la conferencia de prensa que siguió a la reunión de ambos mandatarios, los temas relativos a Oriente Medio (sobre todo, Siria) aparecieron como marginales, contrario a lo que se había esperado antes de la reunión, cuando la especulación dominante en el debate público tendía a concentrarse sobre Siria-Oriente Medio como el tema más apremiante (y también el más conflictivo en el último medio año) dentro del marco de la relación Rusia-Estados Unidos.

Pero ese bajo perfil de ambas regiones, apabullado tanto en la conferencia de prensa como en el debate posterior a la misma por el tema de la interferencia rusa en las elecciones estadounidenses, en realidad, y a pesar de que apenas tuvo cabida en un par de declaraciones del presidente Putin respecto de la propia Siria, el terrorismo global, Israel e Irán; contiene enormes guiños políticos hacia Estados Unidos y sus aliados en la región, orientados hacia la obtención, por parte de Rusia, de un mayor margen de maniobra en sus movimientos, sin tener que estar lidiando con los múltiples frentes que Estados Unidos y Europa le han abierto.

Las tensiones relativas a ambas temáticas, por supuesto, no han sido pocas en lo que va del año, en particular después de las reiteradas acusaciones por

parte del Reino Unido sobre conspiraciones para envenenar exagentes secretos rusos radicados en el reino, y menos aún después de los sistemáticos bombardeos estadounidenses sobre posiciones claves para Rusia y sus aliados (Irán) dentro y en las periferias del conflicto sirio.

En este sentido, es importante no perder de vista que la Unión Europea, en especial, ha tendido hacia una mayor hostilidad en contra de Rusia (con altibajos y matices en los posicionamientos de sus principales líderes: Francia, Alemania y el ahora exiliado Reino Unido), no tanto porque Rusia esté afectando sus intereses de manera directa: la dependencia energética del bloque europeo respecto de las capacidades productivas rusas es tan vigente hoy como hace diez años; sino más bien, porque es por medio de esa hostilidad que intentan refrendar en sus sociedades su compromiso con los valores y principios que Estados Unidos denuesta.

Es decir, si Europa se ha enfrascado en un tenso y permanente proceso de confrontación con Rusia no lo ha hecho porque exista realmente un enfrentamiento directo entre el bloque y Rusia, sino porque es a través de esta estrategia, a través del ataque a un actor que en Occidente representa todo lo ajeno al *modus vivendi atlanticista*, que se pretende reforzar la contención de los estragos que causa Donald Trump con su rechazo a promover ese *atlanticismo*.

Por eso, de cara a un Donald Trump que mantiene un discurso conciliador con Rusia (y que no es él quien marca la agenda de la Unión respecto de la potencia euroasiática), Europa se distancia del posicionamiento del presidente estadounidense, porque es justo en ese distanciamiento que se busca atacar y atajar las políticas estadounidenses vigentes, pero teniendo como objetivo a Rusia.

El presidente ruso es consciente de esta dinámica, y Trump mismo también lo es. Tanto, que, de hecho,

la última cumbre de la OTAN, previa a la reunión de Helsinki, sí estuvo marcada por un fuerte acento del mandatario estadounidense en torno de la necesidad de distender las tensiones del bloque europeo con el Estado ruso.

De ahí que las concesiones propuestas por Putin a Trump sobre dos temas en especial: el del combate al terrorismo internacional y el de la reconstrucción de Siria *vis à vis* la estabilización de las relaciones con Israel e Irán; parezcan, en realidad, un precio no muy alto de pagar para Rusia si a cambio Estados Unidos logra relajar el posicionamiento europeo — aunque en ello, Rusia se juegue la aceptación no de una expansión territorial de la OTAN, pero sí un incremento sustancial al gasto militar de la misma y de los miembros de la organización.

Y es, en efecto, un costo relativamente pequeño para Rusia porque, después de todo, aunque la región es de alta prioridad para sus propios intereses, a principios de siglo, luego de la debacle que el Estado ruso sufrió tras la desintegración de la Unión Soviética, éste se volvió a posicionar en la arena internacional a través de su propia agenda de combate al terrorismo global, una empresa que durante mucho tiempo había conservado para sí Estados Unidos, con su consecuente despliegue militar por todo el orbe.

Por eso, cuando Putin hace mención de la pacificación de Siria y la relación que ésta tiene con Israel, lejos de ser representativo de una supuesta posición de debilidad frente a Estados Unidos es, en verdad, demostrativo de la fuerza con la que Vladimir Putin se sentó a la mesa de negociaciones: con una propuesta en la que se articulan:

- a. La tarea conjunta de contener a China en las áreas de intereses rusas y estadounidenses sin que en el intento Rusia y China entren en tensiones; y son que por ello Estados Unidos resulte fortalecido.

- b. La tarea de distender la tensión entre el bloque europeo y Rusia, conteniendo, de entrada, su expansión territorial, pero haciéndolo a pesar del esfuerzo atlántico en torno de un mayor financiamiento militar conjunto e individual.
- c. El objetivo de estabilizar la creciente conflictividad entre Irán e Israel en Oriente Medio, sin que ello implique fortalecer el cerco estadounidense en torno de Irán y la renegociación del Plan de Acción Integral Conjunto y Completo.
- d. La consolidación de las posiciones y las estrategias rusas sobre el proceso de pacificación y reconstrucción en lo concerniente al conflicto en Siria, pero evitando que Estados Unidos continúe con sus esfuerzos de sabotaje a través del continuo bombardeo aéreo de áreas estratégicas para Rusia y sus aliados.
- e. La participación activa (conjunta con Estados Unidos) en la agenda regional y hemisférica de combate al terrorismo internacional, contrarrestando el abrumador dominio de esa agenda por parte de Estados Unidos, sin que ello implique para éste una afrenta directa.

Es decir, son vastos y son complejos (por intrincados e interdependientes) los intereses que Rusia está poniendo en juego, apostando al control que por el momento sea capaz de conseguir sobre el comportamiento estadounidense alrededor de esas agendas. Trump, a su vez, con todo y la debilidad y el descrédito doméstico con el que llegó a Helsinki, obtiene de Rusia un natural compromiso sin que éste tenga que transitar por el establecimiento de un modelo político y económico calcado al carbón del vigente en Estados Unidos.



**CeMAPI**

Centro Mexicano de Análisis  
de la Política Internacional

**reporteestratégico** es un documento de trabajo generado por el *Laboratorio de Estudios sobre Geopolítica (LEG)*, programa de investigación especializada adscrito al *Centro Mexicano de Análisis de la Política Internacional*. Las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva de sus autores. Número a cargo de Ricardo Orozco.

Coordinador general del LEG: Ricardo Orozco, Consejero Ejecutivo del CeMAPI.

Contacto: [arorozco.cemapi@gmail.com](mailto:arorozco.cemapi@gmail.com) | [leg.cemapi@gmail.com](mailto:leg.cemapi@gmail.com)



## Referencias

- AHRONHEIM, Anna, «Russia concerned about military confrontation between Israel and Iran». *The Jerusalem Post*. Disponible en: [<http://bit.ly/2NwfOb4>].
- Atlantic Council, «Pulling at the Strings: Kremlin's Interference in Elections». Atlantic Council. Disponible en: [<http://bit.ly/2uWP5gf>].
- BRZEZINSKI, Zbigniew, «The Grand Chessboard: American Primacy and its geostrategic imperatives». Paidós Iberoamérica. Disponible en: [<https://amzn.to/2LcmRsI>].
- CARAFANO, James Jay, «Donald Trump and the Age of Unconventional Diplomacy». *The National Interest*. Disponible en: [<http://bit.ly/2mucaTu>].
- CODEVILLA, Angelo, «Diplomacy 101 Versus Politics Writ Small». *American Greatness*. Disponible en: [<http://bit.ly/2zReHkk>].
- DINUCCI, Manlio, «El establishment estadounidense ante la cumbre de Helsinki». *Red Voltaire*. Disponible en: [<http://bit.ly/2LaKSQT>].
- GOLDMAN, David P., «Once Again, President Trump Is Magnificently Right—This Time About Russia». *PJMedia*. Disponible en: [<http://bit.ly/2JA87hD>].
- FEIN, Bruce, «Forget Trump: The Military-Industrial Complex is Still Running the Show With Russia». *The American Conservative*. Disponible en: [<http://bit.ly/2JAp1N6>].
- KAZIANIS, Harry J., «The Coming American-Russian Alliance Against China». *The American Conservative*. Disponible en: [<http://bit.ly/2O45qII>].
- KAZIANIS, Harry J., «Trump has the right foreign policy strategy — he just needs to stop talking». *The Hill*. Disponible en: [<http://bit.ly/2O4sarY>].
- KIMBALL, Roger, «What Critics Missed About the Trump-Putin Summit». *American Greatness*. Disponible en: [<http://bit.ly/2A3Whgn>].
- LUKYANOV, Fyodor, «Trump-Putin meeting in Helsinki might solve Syrian crisis». *Al-Monitor*. Disponible en: [<http://bit.ly/2uR7NFK>].
- POLYAKOVA, Alina; HADDAD, Benjamin, «Europe in the New Era of Great Power Competition». *Foreign Affairs*. Disponible en: [<https://fam.ag/2Lv5a3K>].
- POLYAKOVA, Alina, «What Putin wants in Helsinki». *Brookings*. Disponible en: [<https://brook.gs/2JFqRfx>].
- SAAKASHVILI, Mikheil, «Just Like Obama, Trump's Russia Policy Speaks Louder Than His Words». *The Federalist*. Disponible en: [<http://bit.ly/2Nq1PmQ>].
- SHAFER, Jack, «Some Dare Call It Treason». *Politico Magazine*. Disponible en: [<http://bit.ly/2LmIoOE>].
- SIMON, Abigail, «Transcript of Trump and Putin's Joint Press Conference». *TIME*. Disponible en: [<https://ti.me/2Lc8Jja>].
- SUCHKOV, Maxim A., «What's next for Syria after Helsinki summit?». *Al-Monitor*. Disponible en: [<http://bit.ly/2LnEzZj>].
- The Global Firepower Index. «2018 Military Strength Ranking». *The Global Firepower*. Disponible en: [<http://bit.ly/2L7vW5S>].
- U.S. Geological Survey, «Critical mineral resources of the United States—Economic and environmental geology and prospects for future



**CeMAPI**

Centro Mexicano de Análisis  
de la Política Internacional

reporteestratégico es un documento de trabajo generado por el *Laboratorio de Estudios sobre Geopolítica (LEG)*, programa de investigación especializada adscrito al *Centro Mexicano de Análisis de la Política Internacional*. Las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva de sus autores. Número a cargo de Ricardo Orozco.

Coordinador general del LEG: Ricardo Orozco, Consejero Ejecutivo del CeMAPI.

Contacto: [arorozco.cemapi@gmail.com](mailto:arorozco.cemapi@gmail.com) | [leg.cemapi@gmail.com](mailto:leg.cemapi@gmail.com)

supply». USGS. Disponible en:  
[<http://bit.ly/2LmZxI1>].

*\*Todo el contenido generado por el LEG y el  
CeMAPI se encuentra protegido por una licencia  
[Creative Commons-Atribución-NoComercial-  
SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)*



**CeMAPI**

Centro Mexicano de Análisis  
de la Política Internacional

**reporteestratégico** es un documento de trabajo generado por el *Laboratorio de Estudios sobre Geopolítica (LEG)*, programa de investigación especializada adscrito al *Centro Mexicano de Análisis de la Política Internacional*. Las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva de sus autores. Número a cargo de Ricardo Orozco.

Coordinador general del *LEG*: Ricardo Orozco, Consejero Ejecutivo del CeMAPI.

Contacto: [arorozco.cemapi@gmail.com](mailto:arorozco.cemapi@gmail.com) | [leg.cemapi@gmail.com](mailto:leg.cemapi@gmail.com)